

**Международная научно-практическая конференция
ДИСКУРСОЛОГИЯ: МЕТОДОЛОГИЯ, ТЕОРИЯ, ПРАКТИКА**

УДК (UDC, CDU) 1.14

Оскар Хуарес Сарагоса
Автономный университет штата Мехико, профессор

Классическая философия: представление и признание с точки зрения Делёза

Доклад имеет своей целью раскрыть, исходя из концепции Делёза, импликации, присущие категории представление в классической философии в плане идентичности, аналогии, оппозиции и сходства, применив их к познанию, а также к телесной и территориальной организации.

Ключевые слова: представление, признание идентичность, аналогия, оппозиция, сходство

Óscar Juárez Zaragoza
Independent university of state of Mexico, profesor

Classic philosophy: representation and recognition. Deleuzian perspective

This report is intended to show, from the Deleuzian perspective, the implications of the status of representation in classical philosophy, from an analysis of the available quad identity, analogy, opposition and likeness, applying knowledge, organization and territorial body.

Keywords: representation, recognition, identity, opposition, similarity

Óscar Juárez Zaragoza
Autonoma del Estado de Mexico, profesor

Filosofía clásica: representación y reconocimiento. Un análisis deleuzeano

El presente artículo tiene como intención mostrar, desde la perspectiva deleuzeana, las implicaciones que tiene la categoría de representación en la filosofía clásica, desde un análisis de su cuádruple disposición: identidad, analogía, oposición y semejanza, aplicándolos al conocimiento, organización corporal y territorial.

Palabras-clave: Representación, reconocimiento, identidad, analogía, oposición y semejanza

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

El problema de la *representación* es un problema desde siempre para la filosofía. Generalmente este problema está planteado desde la perspectiva de una visión o contemplación del Bien, del Uno o del Ser que por su propia plenitud estaría más allá de toda posible presentación a los no preparados para su conocimiento. Además de que todo *logos* empleado para tratar de presentar el Bien, el Ser o lo Uno, termina por ser siempre una *representación*, es decir un *logos* que hace las veces del Ser, pero que irremediamente está a una distancia inconmensurable de éste. Por esa razón, el discurso sobre el ser será siempre una imagen, más o menos buena, de aquello que se nos quiere dar a conocer o entender.

Deleuze realiza un análisis de la representación desde diversos puntos de vista, independientemente de los problemas que genera en la historia de la filosofía. Desde la postura de la *representación* como <<razón>>: "...El elemento de la representación como <<razón>> tiene cuatro aspectos principales: la identidad, en la forma del concepto *indeterminado*, la analogía en la relación entre conceptos *determinables* últimos, la oposición en la relación de las *determinaciones* dentro del concepto, la semejanza en el objeto *determinado* del concepto mismo. Estas formas son como las cuatro cabezas, o los cuatro vínculos de la mediación [1, 2002, 63]).

De acuerdo con esta lectura la representación somete a la

diferencia como concepto fundamental de la filosofía, al de Identidad. Al nivel del concepto lo que encontramos es la *Identidad*; el concepto es siempre *Idéntico*, por ello, es indeterminado en función de cualquier posible efectuación. El Concepto Ser posee una identidad que ningún ser fáctico podrá agotar. El concepto o la Idea estará, inevitablemente, en relación con cualquier ser fáctico en una distancia que le permite permanecer en su carácter indeterminado. No obstante, hacia abajo, este concepto permite la *analogía* entre conceptos determinables de inferior rango: las especies en función del género. El género abarca a las especies que concuerdan precisamente en él. Las especies son diferentes no por sí mismas, sino en función de otro, en este caso el género. Por el hecho de pertenecer al mismo género son análogas, poseen ciertas características similares pero otras diversas. La *oposición* en función a los diversos seres que a su manera efectúan el Ser; no es lo mismo un objeto que un sujeto, un árbol que un animal, etc. Dentro del concepto indeterminado caben una serie de seres que se muestran como opuestos, pero que pueden ser conciliados en la Identidad del concepto indeterminado. Y finalmente la *semejanza* entre el c o n c e p t o I d é n t i c o indeterminado y el objeto determinado. Un hombre fáctico remite necesariamente, por semejanza, al concepto de hombre. Existe un vínculo que

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

permite pasar del sujeto determinado hombre, al concepto indeterminado hombre. Este sería un ejemplo de cómo se pasa del conocimiento de lo fáctico a lo esencial. Lo esencial sigue siendo primero en función de la existencia. De esta forma la Diferencia queda sometida a la Identidad. Dado que lo primero es la Identidad, la Diferencia se piensa sólo como secundaria, cumpliendo funciones serviles para distinguir dentro de la Identidad la distinción de objetos determinados, no posee ninguna fuerza, no crea ni posibilita mayor cosa que la distinción entre una silla de madera y una de metal.

La representación también es analizada desde la relación que establece con el conocimiento del Ser. El filósofo es el único que posee el conocimiento del Ser, el único que puede darnos un *logos* sobre él. ¿Cómo es el Ser? ¿Cuál es su estructura? Es conocimiento exclusivo del filósofo. Y da la casualidad que, como decíamos anteriormente, la mayoría de los filósofos nos dan un *logos*, una representación del Ser *orgánica*. La representación orgánica maquilla de forma casi perfecta la imagen del Ser; en ella todo encuadra, todo funciona con un orden preciso. Los grados del ser están determinados con toda precisión. Hay una jerarquía muy precisa, no hay posibilidad de que se disloque el orden, de que se salga de sus goznes. En la medida que el orden está garantizado podemos sentirnos tranquilos; nada puede pasar que altere nuestra cotidianidad.

Representación orgánica remite a organización, a constitución, al despotismo de la ley. La organización está por encima de cualquier componente, hace posible a los componentes. Un cuerpo organizado remite siempre a lo mismo, no puede romper la organización. Si el hombre es razonable lo es en función de una organización que no puede ser alterada, so pena de destruir la esencia del hombre. Pero como hay una esencia anterior que determina de una vez y para siempre lo que el hombre es, ya sea en potencia o en acto, la organización que permite el logro de esta esencia es única e inalterable. Cuando los distintos órganos no cumplen las funciones asignadas podemos encontrar un hombre apetitivo o violento pero no razonable, que por ese motivo se encuentra lejos de su esencia. La moral permite la *representación orgánica*, por encima siempre estará lo "bueno", lo "mejor", posteriormente lo más cercano a lo bueno, y así en función de su alejamiento de la perfección del Uno-Ser. Las diversas filosofías de los grados de ser apelan necesariamente a la *representación orgánica*. No puede pensarse una gradualidad de ser sin una organización que lo sostenga, sin un cuerpo constituido que debe ostentarse como inalterable: Dios, los ángeles, los arcángeles, el hombre, el mundo y el infierno; organización perfecta que no puede ser alterada. El psicoanálisis fundamenta toda su concepción del inconsciente en

Simposium Anual Internacional Científico Práctico DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA

la representación orgánica. El cuerpo en una organización que permite únicamente ciertos flujos del inconsciente a la conciencia. El inconsciente carece de toda organización, es productivo como deseo. Pero el psicoanálisis tuvo la osadía de reducir esta potencia caótica a dos instintos fundamentales *Eros* y *Thanatos*. Toda la capacidad productiva de que es capaz el inconsciente quedó reducida a dos. El psicoanálisis codificó los flujos de una sola manera y esta codificación es inalterable. Todos los demás flujos deben ser reprimidos o en su caso sometidos a estos dos. El *AntiEdipo* y *Mil Mesetas* son los textos fundamentales en donde Deleuze, junto con Guattari, cuestionarán de forma frontal la reducción que el psicoanálisis ha hecho del inconsciente; su afán de reducirlo todo al triángulo edípico. Todos los pacientes, todos los casos deben ser resueltos mediante la estructura papá-mamá-hijo. Hay un texto singularmente claro, en *Mil mesetas*, titulado *¿Uno solo o varios lobos?* sobre esta lucha en contra de la reducción del psicoanálisis sobre el inconsciente: "A punto de descubrir el gran arte del inconsciente, el arte de las multiplicidades moleculares, Freud no cesa de volver a las unidades molares, y de reencontrar sus temas familiares, el padre, el pene, la vagina, la castración...etc. A punto de descubrir un rizoma, Freud siempre vuelve a las simples raíces" [2, 2002, 34].

Y más adelante continua: "... Como ha decidido que era una neurosis emplea el otro

procedimiento de reducción: no inclusión verbal al nivel de la representación de las palabras, sino asociación libre al nivel de la representación de las cosas. El resultado es el mismo, puesto que siempre se trata de volver a la unidad, a la identidad de la persona o del objeto supuestamente perdido" [2, 2002, 35].

Para sentenciar finalmente: "Una multiplicidad de poros, de puntos negros, de pequeñas cicatrices o de mallas. De senos, de bebés y de barras. Una multiplicidad de abejas, de futbolistas o de tuaregs. Una multiplicidad de lobos, de chacales...Ninguna de estas cosas se deja reducir, sino que más bien nos remite a un cierto estatuto de las formaciones del inconsciente. Intentemos definir los factores que intervienen aquí: en primer lugar algo que actúa como cuerpo lleno –cuerpo sin órganos-...El cuerpo sin órganos se opone, pues, no tanto a los órganos, como a la organización de los órganos, en la medida que ésta compondría un organismo. No es un cuerpo muerto, es un cuerpo vivo, tanto más vivo, tanto más bullicioso cuanto que ha hecho desaparecer el organismo y su organización" [2, 2002, 37].

Como puede verse en la cita anterior la representación orgánica, del cuerpo o del Ser limitan las posibilidades que estos tienen de potenciar otras. La filosofía y el psicoanálisis –sobre todo en su parte metafísica– hunden sus raíces en esta representación orgánica. Aspiran de manera tajante al establecimiento de una organización

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

dada de una vez y para siempre. Una organización capaz de dar cuenta de todos los fenómenos dentro del Ser o del cuerpo. Todo aquello que no se reduzca a esta estructura será catalogado de anómalo, de maldito, de condición equívoca del verdadero Ser o cuerpo.

Dura es la batalla que sostiene Deleuze contra la representación orgánica, tanto en lo referente al cuerpo como en el Ser, pues ambas son posibles gracias a la Identidad. Que nuestros órganos tengan únicamente una función, precisada por la organización idéntica del cuerpo, le parece aberrante. La boca sirve únicamente para introducir el alimento, el ano para defecar, las manos para agarrar, etc. De ahí su preferencia por el esquizofrénico y no por el psicótico o neurótico. El esquizo puede devenir cualquier cosa, sus órganos no están sometidos al despotismo de la Identidad. Los órganos del esquizo permiten las conexiones más singulares que no remiten a ninguna Identidad anterior o final. Ser razonable es una de las ilimitadas posibilidades de poder organizar un cuerpo. ¿De dónde obtiene la pretensión de ser la única, la mejor o la esencial? La única respuesta parece venir del miedo que inspira la capacidad creativa del inconsciente.

No distante de esta *representación orgánica* encontramos la *representación territorial*. Territorio marcado, precisado en sus límites con una minuciosidad que no puede llevarnos a la confusión. Lo más peligroso en la

representación orgánica es el desconocimiento de los límites y su confusión. "La máquina territorial primitiva con su motor inmóvil, la tierra, ya es la máquina social o megamáquina, que codifica los flujos de producción, medios de producción, productores y consumidores: el cuerpo lleno de la diosa Tierra reúne sobre sí las especies cultivables, los instrumentos de labranza y los órganos humanos" [3, 1998, 147].

La representación territorial supone a la representación orgánica. Sólo cuando existe una organización pueden delimitarse los territorios. El cerebro cumple únicamente estas funciones, la mano, éstas, el estómago éstas otras, etc. Cada órgano queda precisado en su territorio y vinculado con un flujo muy preciso con los órganos colindantes: estómago-intestinos-ano. Tres órganos que si bien conforman una organización tienen cada uno su territorio, ninguno puede alterarse sin alterar el todo y caer en la condición equívoca: la enfermedad. Ésta es el resultado de la invasión de los territorios, de la destrucción de los flujos correctos.

Marcar el territorio es parte fundamental de la representación territorial. El ser dividido en pequeñas parcelas que tienen una comunicación muy precisa: el Bien, las Ideas, los entes matemáticos, las cosas y las sombras. Territorio total que territorializa sus segmentos bajo una organización precisa. Ya veíamos anteriormente cómo otorga grados, precisa jerarquías,

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

determina estatus. El territorio del cerebro no es el del corazón. El ano no puede hacer las veces de la boca, etc. Las sombras no pueden ser el Ser. Los entes matemáticos a pesar de su proximidad no pueden presentarse como el Ser. Todo queda precisado de tal manera que el filósofo no puede equivocarse, no puede permitir los flujos decodificados. ¡El código por sobre todas las cosas! Codificaciones, sólo codificaciones. Cada filósofo crea su codificación despótica que tiene como finalidad única someter a todas las demás. Una sola codificación, no hay posibilidad de otras.

Pero si trataba de dismantelar la representación en todas sus variantes no podía faltar la del filósofo. ¿En nombre de quién habla el filósofo? El filósofo es el *representante* del sentido común. En cuanto poseedor de un sentido común, como facultad de pensar, igualmente repartido en todos los hombres, el filósofo como conocedor del Ser habla en nombre de todos. Si el pensar se reduce a una facultad igualmente presente en todos los hombres, que pueden ejercer de manera natural, el pensador no puede pensar nada que todos los otros no puedan, a su vez, pensar. En ese sentido el filósofo se asume como el representante de todo el sentido común. El sentido común no ha llegado a lo que el pensador es capaz de pensar sólo porque no ejerce de manera recta su pensar, pero esto no le evita poder pensar, sin ningún contratiempo, lo que el filósofo

pudo pensar. De ahí el delirio extremo por el método, por el establecimiento del camino, de la senda del pensar. Desde Parménides hasta Heidegger, por establecer el camino correcto. El mayor envenenamiento de la filosofía consiste en la determinación de su carácter fácil a partir del método. Lo difícil es la búsqueda del camino correcto por parte del filósofo, pues este camina solo, busca solo, las posibilidades de equivocarse son grandes, pero una vez que encuentra el camino correcto, que determina los pasos de manera precisa, el encuentro con la verdad, se convierte en la cosa más sencilla gracias a que el filósofo-maestro nos dirige en el camino, nos evita los tropiezos, nos ayuda a ejercer de manera recta nuestra natural facultad de pensar.

Filosofía y reconocimiento

Fiel al sentido común, la filosofía no tiene otra manera de plantear el ejercicio filosófico sino como reconocimiento. "En efecto, hay un modelo: es el del reconocimiento. El reconocimiento se define por el ejercicio concordante de todas las facultades sobre un objeto que se supone es el mismo: es el mismo objeto que puede ser visto, tocado, recordado, imaginado, concebido...O, como dice Descartes del trozo de cera, <<es el mismo que veo, que toco, que imagino y en fin, es el mismo que siempre he creído que era desde el comienzo>>" [1, 2002, 206-207]).

El modelo del **reconocimiento** se basa en una repartición entre

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

lo empírico y lo trascendental. La parte empírica corresponde al objeto, mientras que la parte trascendental la encontramos en el Yo. El Yo trascendental de Descartes y Kant son ciertamente la tematización más clara de este Yo que, sin embargo, funciona desde siempre. Lo que estos autores han hecho es sacar a la luz – al tiempo que muestran su funcionamiento- una estructura que desde siempre está implícita en la filosofía en virtud de utilizar los mismos recursos que el sentido común. El sentido común se basa –bien podríamos decir se reduce a él – en el modelo del reconocimiento con su repartición de lo empírico y lo trascendental.

El **Yo trascendental** requiere una colaboración de las diversas facultades como sentido común. Nos sentimos poseedores de un sentido común cuando nos percatamos de que nuestras diversas facultades colaboran de igual manera en todo el mundo. Todos reconocemos, en igual forma, el lápiz que tenemos en la mesa, el carro estacionado, la casa, al vecino, etc. Cuando topamos con alguien incapaz de reconocer el mismo lápiz que hemos reconocido cien de nosotros, afirmamos, con toda seguridad, que no posee sentido común o en su caso que alguna de sus facultades no está colaborando correctamente con las demás. Tan fuerte es la necesidad de la concordia de las facultades en todo el mundo que cuando en un individuo alguna de ellas se destaca se le cataloga de genial. La ruptura de

la concordia de nuestras facultades – escuchar, percibir, intuir, tocar, recordar, imaginar, concebir, etc.- se muestra como efecto de una genialidad o como deficiencia de sentido común; en ambos casos se está fuera de él. Para que el sentido común se dé plenamente, todas las diversas facultades deben reconocer el objeto que se presenta. Para ello, alguna de ellas asume el papel de esencia y las otras han de cumplir el papel de modos. Si la Razón es la facultad que determina al objeto, el ver, tocar, recordar, imaginar, concebir, etc., deben, con el ejercicio de su propia potencia, remitirse al objeto determinado por la Razón. Pues en tanto la Razón es la esencia y las demás facultades sólo modos, todas deben concordar con ella. Poco importa que invirtamos la organización, que coloquemos a otra facultad como la esencia y las otras como modos, mientras se siga postulando la necesidad de la colaboración de todas en función de una se está en el sentido común. En Kant como en Descartes, la identidad del Yo [Moi] en el Yo [Je] pienso funda la concordancia de todas las facultades y su acuerdo sobre la forma de un objeto que se supone es el Mismo (1, 2002, 2007). Mediante esta concordancia de las facultades se asegura la Identidad del Yo común a todos los yo empíricos. Un Yo trascendental, como concordancia de todas las facultades, está en cada uno de nosotros como yo empíricos, por ende, todos poseemos el mismo sentido

Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA

común. Anteriormente analizamos el problema de la representación orgánica, en donde Deleuze muestra que la organización, en este caso del Yo trascendental, era única y toda aquella alteración que pueda presentarse rompe, en el Yo trascendental, el sentido común. Mientras todas las facultades estén sometidas a una, es solamente una organización la que se considera buena y todas las demás quedan ubicadas en el extremo de lo malo. El despotismo de la ley, del código, de la jerarquía, se muestra nuevamente en este sentido común en el cual una facultad es la esencial y las otras sólo modos de esta facultad; maneras distintas de percibir un objeto que ha sido determinado por la Razón.

La parte empírica del reconocimiento corresponde al objeto. Sobre el objeto se sostiene la determinación de su mismidad. El objeto permanece en su mismidad ya sea en función de las diversas facultades ya en su relación con el tiempo. Como la cita anterior lo muestra es el mismo lápiz que puedo tocar, ver, entender, recordar, concebir, etc. Respecto al tiempo el objeto también posee una mismidad que le permite no sólo ser como es en este presente sino seguir siendo en el futuro e inclusive haber sido igual en el pasado. Es en esta convicción sobre la mismidad del objeto, en sus dos funciones, que se puede postular la posibilidad de la esencia. Si un objeto posee esencia ésta no cambia ni por el hecho de ser apprehendida por diversas

facultades, menos aún por estar en el tiempo. La mismidad, la esencia del objeto permanece siempre. El sentido común no elevado a la conceptualización filosófica procede generalmente del objeto al yo. El yo común refleja la mismidad del objeto empírico. Acción refleja del yo que no hace otra cosa sino someterse a la mismidad del objeto. Cuando la filosofía eleva al sentido común a lo conceptual los papeles se invierten. Tanto Descartes como Kant han hecho del Yo el principio, el origen y el objeto el mero reflejo de esta unidad del Yo. El Yo es la identidad de las facultades que el objeto no hace sino reflejar. Lo que fundamenta la mismidad del objeto es el Yo trascendental y no a la inversa, como el sentido común no elevado a lo conceptual lo hacía. En los dos casos se parte de la necesidad de la mismidad, ya sea en el objeto o en el sujeto. Y como en ambos la unidad es lo principal, lo que refleja no puede ser otra cosa que mismidad: la unidad (mismidad) del sujeto es reflejada en un objeto como unidad (mismidad). De esta manera la filosofía, a pesar de haber invertido el origen queda sometida al sentido común, pues reproduce el mismo esquema.

En función de ello Deleuze encuentra una complementariedad entre el sentido común y el buen sentido: "...Pues si el sentido común es la norma de identidad, desde el punto de vista del Yo (Moi) puro y de la forma de objeto cualquiera que le corresponde, el buen sentido

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

es la norma de repartición desde el punto de vista de los yo (moi) empíricos y de los objetos calificados como tal o cual (por eso se considera universalmente repartido). El buen sentido determina el aporte de las facultades en cada caso cuando el sentido común aporta la forma de lo mismo" [1, 2002, 2007].

La parte empírica y la trascendental que Deleuze establece como componentes del modelo del reconocimiento, se ven estrechamente unidos en esta colaboración del sentido común y el buen sentido. Mientras la parte trascendental – el Yo puro - precisa la Identidad – Mismidad- del Yo y del objeto que lo refleja, asegura también en cada yo y objeto empírico la repartición de esa mismidad a través del buen sentido. Buen sentido es la repartición universal del sentido común, es decir, del carácter de mismidad bajo el que todo yo y objeto empírico se determinan. Por ende el buen sentido corresponde al ejercicio de la mismidad que el sentido común señala, cuando esta mismidad no se ejerce correctamente se dice que no se está en el sentido común y en el buen sentido. Tanto el objeto como el sujeto solo existen como calificados por la mismidad que los hace posibles.

Bien puede objetarse, contra nuestro autor, que el sentido común no permanece siempre igual en su relación con los objetos, pues nuestro sentido común no es el mismo de los griegos o de cualquier otra época pasada, e incluso, no será

el mismo de épocas futuras, sin embargo, nos parece que esa no es una objeción que quebrante el análisis de este autor, pues independientemente de cómo se determina la mismidad del Yo trascendental y por ende del objeto, es claro que siempre se determinan desde una mismidad. Es esta continuidad de la mismidad, independientemente de su determinación, la que es constante, y por tanto, la repetición del modelo del reconocimiento. Poco importa que nuestro sol no sea el de los griegos, pues es evidente, de suyo, que no pensamos lo mismo que los griegos cuando mentamos este concepto: mientras que para ellos significaba un componente de lo eterno o la manifestación de un dios, para nosotros es solamente una estrella. Pero que el concepto sol no signifique lo mismo en estos dos sentidos comunes no cambia en nada el hecho de estar determinado por la mismidad en ambos. Así como su concepto era el mismo para todos los griegos, el concepto actual es el mismo para todos nosotros. El yo empírico y el objeto están determinados desde el sentido común y asegurados por el buen sentido, no importa que éstos no se correspondan en épocas diferentes. Apegándonos a la tradición filosófica que distingue entre lo esencial y lo accidental podemos enunciar que lo esencial del sentido común es la Mismidad y lo accidental lo que esa esencialidad permite cristalizar en determinada época.

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

El sometimiento del Yo y del objeto a la mismidad como sentido común y su repartición universal como buen sentido no es lo único que Deleuze achaca al modelo del reconocimiento. Su crítica va más lejos cuando muestra claramente que por medio de este modelo lo único que podemos reconocer es precisamente lo conocido. El prefijo *re* muestra con toda claridad que se trata de un acto segundo, de un regreso, de una repetición de lo ya conocido. En esa medida nunca la forma del reconocimiento santificó otra cosa que lo reconocible y lo reconocido, nunca la forma inspiró otra cosa que conformidades [1, 2002, 209]. Ciertamente el sentido común repartido universalmente como buen sentido tiende, por necesidad al acuerdo, a la conformidad de todos sobre lo que un objeto es desde su mismidad. La conformidad es el destino último del ejercicio del sentido común, pues si nos jactamos de poseerlo es precisamente en tanto podemos integrarnos a la comunidad que reconoce de igual manera al objeto. Se ha mostrado anteriormente que cuando alguien no elabora en igual forma la mismidad del objeto se le considera, irremediablemente, fuera del sentido común. La conformidad del universo de los yo empíricos es la muestra más patente de que el pensamiento no puede pensar ninguna otra cosa que los demás no puedan hacerlo, en esa medida el pensar como

actividad filosófica se muestra como la posibilidad de ir, supuestamente, un paso delante de los otros, pero sólo un paso adelante porque, irremediablemente, los otros vienen un paso atrás para sumir el esfuerzo de un pensador en la banalidad. La imagen nos muestra el dominio de la moda: pensar es determinar la mismidad del objeto que instantes después circulará como moneda de uso corriente. El pensar, como ejercicio filosófico no puede escapar nunca del modelo del reconocimiento y de la banalidad.

Al estar basada en el modelo del reconocimiento la filosofía no sólo está obligada al predominio de la mismidad del sujeto y el objeto, sino también, al sometimiento de los valores que determinan a uno y a otro: "Lo reconocido es un objeto, pero también valores sobre el objeto (los valores intervienen incluso esencialmente en las distribuciones realizadas por el buen sentido). Si el reconocimiento encuentra su finalidad en los <<valores establecidos>>, es toda la imagen del pensamiento como *cogitatio natura* la que testimonia, bajo ese modelo, una inquietante complacencia" [1, 2002, 210].

Por esta razón a pesar de las constantes transformaciones del sentido común siempre encontramos a las mismas instituciones ejerciendo su perenne asentimiento a las superficiales modificaciones. La Iglesia, el Estado, como tal, jamás han sido socavados por las filosofías de lo Uno, más bien las

Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA

necesitan, las enriquecen, les facilitan las modificaciones necesarias para su constante rejuvenecimiento. Desde la filosofía de lo Uno, de la jerarquía, de la organización, del reconocimiento se puede no estar de acuerdo con la forma como ha sido determinado el sujeto o el objeto, pero nunca se objetará la necesidad de determinarlo desde la mismidad. El valor de la mismidad, de la verdad, de la jerarquía son intocables; categorías eternamente benditas que al cuestionarlas atentamos contra todo lo que de religioso tiene la filosofía.

Como los valores bajo los cuales se determina el sentido común y, al mismo tiempo la filosofía -como sentido común conceptualizado- no son cuestionados por las filosofías de lo Uno, el único combate que se efectúa dentro de este modelo del reconocimiento, es por los valores en curso que el sentido común determina. Al interior del sentido común se establecen una serie de aspectos que tienen mayor valor que otros. En la medida que algún yo empírico los conquista incrementa su valor respecto a los otros: ...Solo hay una lucha bajo el sentido común y alrededor de los valores establecidos para atribuirse o hacerse atribuir valores en curso (honor, riquezas, poder) [1, 2002, 211]. Ciertamente, la imagen es pueril cuando nos percatamos del sometimiento de los filósofos a los valores establecidos al interior del sentido común. Filósofos buscando fama,

honor y riqueza parece ser una imagen recurrente en la historia de la filosofía. Nuestra época no parece distinguirse en lo más mínimo de otras en este aspecto. Hegel, inspirado por su miseria, no anhela otra cosa que salir de ella a costa de lo que fuera, en los momentos en que dicha misión parece fracasar se ve llevado a postular la valía del esclavo por encima del amo, según él, en función de la objetivación del primero en el resultado del trabajo. Basta una mirada rápida por la correspondencia de Heidegger para constatar que nunca tuvo aspiración mayor para su filosofía, que salir de la miseria económica. Contrariamente a esta sed de los valores del sentido común, Deleuze, citando a Nietzsche, escribió un texto sobre Spinoza, particularmente sugerente sobre las virtudes que los hermanan: "El filósofo se apropia de virtudes ascéticas -humildad, pobreza, castidad- para ponerlas al servicio de fines completamente particulares, inesperados, en verdad muy poco ascéticos. Hace de ellos la expresión de su singularidad. No son en su caso fines morales, ni medios religiosos para alguna otra vida, sino más bien los <<efectos>> de la filosofía misma. Pues no hay en absoluto *otra* vida para el filósofo" [4, 2001, 11].

Incapacitados de romper con el sentido común, de luchar en contra de los valores que exalta y reproduce de forma constante, dirigen sus esfuerzos para luchar por los valores establecidos al interior del sentido común. La

Simposium Anual Internacional Científico Práctico DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA

frustración experimentada hacia afuera se convierte en ferocidad hacia adentro ¡Cuánto sudor emanado del esfuerzo de conseguir un puesto en la academia! ¡Cuánto en eliminar a todos aquellos que pueden ganárnoslo! Nietzsche despreciaba, con toda razón, a Kant por adjudicarse la filosofía crítica cuando en realidad su crítica se reducía a mostrarnos la imagen de lo mismo desde otra perspectiva. "Nietzsche reía ante la sola idea de que pudiera tratarse de eso lo que él llamaba voluntad de poder. Y no sólo Hegel, sino también a Kant los denominaba <<obreros de la filosofía>> porque su filosofía estaba marcada por ese modelo indeleble del reconocimiento" [1, 2002, 210].

El Yo trascendental es elevado a principio general de la representación. Como unidad de las diversas facultades posibilita la representación al mismo tiempo que nos determina a no poder salir de ella, mientras se siga partiendo de este Yo orgánico, de este Yo como mismidad, de este Yo constituido. Todas las facultades quedan sometidas a lo trascendental de este Yo puro, por ende, el ejercicio de cada una no puede dar como resultado otra cosa que las demás no puedan y deban, a su vez, efectuar desde su potencialidad: "El Yo [Je] pienso es el principio más general de la representación, es decir, la fuente de esos elementos y la unidad de todas esas facultades: yo concibo, yo juzgo, yo imagino, yo me acuerdo, yo percibo, como los

cuatro brazos del Cogito" [1, 2002, 213].

Dicho sometimiento de las diversas facultades al pensar es patente en el *Discurso del Método* de Descartes, pues cada una de ellas hace su aparición antes de estar asegurada por el pensar, pero, en cuanto han aparecido antes de ella son desechadas por no tener el suelo firme que ha de venir dado únicamente por la Razón. Una vez que la Razón se determina como esencia del Yo puro las demás son recobradas sólo en función de responder a lo que la esencia establece como de derecho.

La revisión que Deleuze realiza de la filosofía crítica de Kant, en sus tres grandes vertientes: *Crítica de la Razón Pura*, *Crítica de la Razón Práctica* y *Crítica del Juicio* demuestra, por una parte, el reproche que realiza al empirismo al concebir al sentido común como una facultad empírica particular y no como un acuerdo *a priori* de las facultades en su conjunto y, por otra, la diversificación que este filósofo hizo del sentido común: "Todo acuerdo entre las facultades define un sentido común...*La Crítica de la razón pura* invoca un sentido común lógico, <<*sensus communis logicus*>>, sin el cual el conocimiento no sería en absoluto comunicable. Así mismo, *la Crítica de la razón práctica* invoca frecuentemente un sentido común estrictamente moral, que se expresa bajo el acuerdo de las facultades bajo la legislación de la Razón. Pero la libre armonía empuja a Kant a

**Simposium Anual Internacional Científico Práctico
DISCURSOLOGIA: METODOLOGIA, TEORIA Y PRACTICA**

reconocer un tercer sentido, <<*sensus communis aestheticus*>>, que procura *de iure* la comunicabilidad del sentimiento o la universalidad del placer estético. <<Este sentido común no puede apoyarse en la experiencia, pues pretende

autorizar juicios que contienen una obligación; no dice que todos vayamos a admitir nuestro juicio, sino que todos debemos admitirlo>>...El juicio estético aspira a una universalidad y a una necesidad *de iure*, representadas por un sentido

Bibliografía

1. Deleuze, Gilles. (2002). Diferencia y repetición. Buenos Aires, Amorrortu.
2. Deleuze, Gilles. (2002). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia, Pre-Textos
3. Deleuze, Gilles, Guattari, Félix. (1998). El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia, Barcelona, Paidós.
4. Deleuze, Gilles. (2001), Spinoza: Filosofía Práctica. Barcelona, Tusquets.